

esfuerzo contra la ley que iba á destruir su organización y reducirlas á la impotencia.

Así fué que en los días 9 al 13 de abril estalló la rebelión al mismo tiempo en París, Lyon, Saint-Etienne, Vienne, Grenoble, Chalons, Auxerre, Marsella y Lunéville. La resistencia fué vigorosa, sobre todo en Lyon y en París, y la represión implacable. El barrio de Vaise, en Lyon, se vió entregado á los horrores de la guerra civil y la calle Transnonain de París presencié espantosas matanzas.

Este alzamiento dejó aniquilado al partido republicano.

Casamiento del duque de Orleans (30 mayo 1837). — Thiers concibió el proyecto de hacer más íntimas las relaciones entre Francia y Austria mediante el casamiento del hijo mayor de Luis Felipe, el duque de Orleans, con la princesa María Teresa Isabel, hija del archiduque Carlos. Al efecto, el príncipe hizo un viaje á Prusia y Viena, siendo acogido en todas partes de la manera más cordial. Cuando se abordó la cuestión del matrimonio, Metternich temió ir demasiado lejos y comprometer su alianza con Rusia, que tan celosa de Francia se mostraba; el rey Luis Felipe notó estas vacilaciones, y llamó á su hijo junto á él para no exponerlo á la humillación de una negativa.

El príncipe se casó en 30 de mayo de 1837 con la princesa Elena de Mecklemburgo Schwerin, hermana del duque reinante. Este enlace aproximaba entre ellas las cortes de Francia y de Prusia; pero la princesa era protestante. Los católicos vieron con disgusto que los hijos de su rey se unían con príncipes y princesas luteranos, y la Francia de San Luis se mostró desde entonces inquieta por el porvenir. El 24 de agosto del año siguiente dió á luz la princesa Elena un niño que recibió el título de Conde de París. Con este motivo hubo grandes festejos públicos. La dinastía de julio parecía consolidada por sus victorias sobre el partido republicano, y nadie sospechaba entonces que

aquel niño tendría andando el tiempo la suerte de los duques de Reichstadt y de Burdeos, y que se vería desterrado por dos veces de su patria.

Tentativas del príncipe Napoleón. Estrasburgo (1836) **Boulogne** (1840). — El duque de Reichstadt, Napoleón II, murió tísico en el palacio de Schönbrunn en Austria. Entonces pasó Luis Napoleón, hijo del rey Luis de Holanda á ser heredero legítimo del emperador Napoleón I. Dicho príncipe intentó por dos veces hacer un llamamiento á la nación durante el reinado de Luis Felipe.

En efecto, el 28 de octubre de 1836, quiso apoderarse de Estrasburgo. Su tentativa fracasó y él se dirigió á los Estados Unidos de América. Como el tribunal de Colmar absolvió á todos los cómplices del pretendiente, tanto militares como civiles, el gobierno presentó á las cámaras la ley de *disjunción*, con la cual se pretendía crear dos jurisdicciones para los asuntos políticos, una para los militares, que debían quedar sometidos á los consejos de guerra, y otra para las personas civiles, que quedaban en la dependencia de los tribunales ordinarios. Esta ley se hallaba en oposición con la jurisprudencia francesa, que exige que los autores de un mismo crimen sean citados ante los mismos jueces: la cámara la rechazó y el gobierno que la había presentado vino por tierra.

Cuando el tratado de 15 de julio de 1840 indispuso los ánimos, el príncipe Napoleón, que entonces se hallaba en Londres, creyó favorable el momento para efectuar una nueva intentona en favor del restablecimiento de la dinastía imperial. Pero la expedición, dirigida contra Bolonia, fracasó (6 agosto) como la de Estrasburgo, y el príncipe fué sometido con sus partidarios á la cámara de los pares.

Berryer estuvo encargado de la defensa de Luis Napoleón, no obstante lo cual, la cámara lo condenó á prisión perpetua en una fortaleza situada dentro del reino, y los demás acusados á la pena de detención

durante veinte, diez y cinco años, según el grado de participación en el complot.

Napoleón fué llevado al fuerte de Ham, donde le señalaron la celda que durante varios años ocupara el príncipe de Polignac, último ministro residente de Carlos X. De allí se fugó al cabo de seis años (1846), refugiándose otra vez en Inglaterra.

Fortificaciones de París. — Ocho días antes del tratado de Londres, tan humillante para Luis Felipe, y que había excitado á Napoleón á efectuar una segunda tentativa, salió el príncipe de Joinville de Tolón en la fragata *Belle-Poule*, para ir á buscar las cenizas de Napoleón I, depositadas aún en Santa Elena.

Volvió creyendo que iban á atacarlo en el mar los ingleses; pero el viaje se efectuó sin incidente y los restos de Napoleón, transportados por el Sena hasta Neuilly, entraron en París el 15 de diciembre, por la magnífica avenida de los Campos Elíseos, siendo depositados bajo la cúpula de los Inválidos.

Desde el 15 de julio hasta octubre de aquel año no se habló más que de guerra, y Thiers entonces presidente del consejo, hizo proceder á un armamento general.

Aumentóse el número de barcos de la flota, y se llamó á las banderas todos los soldados disponibles. De este modo tuvo la marina francesa 10.000 marineros más y el ejército 150.000 hombres. Empleáronse diez millones en compra de caballos para la caballería y la artillería y en unas cuantas semanas se tuvo en el Mediterráneo una flota presta á combatir.

En los festejos de julio se inauguró la columna que actualmente se alza en la plaza de la Bastilla y debajo del peristilo de dicho monumento se enterraron los restos de las víctimas de 1830. Estos festejos contribuyeron á sobreexcitar el espíritu público, al cual indignaba la conducta de Inglaterra respecto de Francia. La prensa unánime aconsejaba al gobierno la firmeza,

y el país entero, que se sentía herido en su honra, aprobaba los armamentos que se efectuaban para vengar el insulto.

Entonces fué cuando se volvió sobre el proyecto de fortificar París, proyecto que databa de 1833. Estábase en presencia de dos sistemas: el de los fuertes aislados y el del recinto continuo. Ambos se combinaron y el 13 de sept. concedió Thiers un crédito para proceder con urgencia á los primeros trabajos por vía de ordenanza, mientras se convocaban las cámaras. El 16 empezaron los obras, que debían continuar con increíble actividad.

Leyes de septiembre. — El 15 de octubre, cuando los espíritus estaban sobreexcitados por el tratado de Londres, se efectuó el atentado de Darmés contra la persona del rey.

Después de la represión de los motines, empezaron los atentados. De 1834 á 1835 se descubrieron siete complots contra la vida del rey, seguidos por el horrible atentado de Fieschi. El 28 de julio de 1835, en el momento de pasar Luis Felipe una revista militar, escoltado por sus hijos y brillante oficialidad, y cuando el cortejo pasaba por el boulevard del Temple, se oyó formidable detonación. El mariscal Mortier, seis generales, dos coroneles, nueve oficiales ó granaderos de la guardia nacional, y gran número de espectadores, quedaron muertos ó heridos; el rey y sus hijos salieron ilesos. Fieschi, autor de esta máquina infernal, tuvo como cómplices dos agentes de sociedades secretas, Pepín y Morey, que fueron condenados á muerte.

Preocupado justamente el gobierno por crimen tan atroz, reunió las cámaras y el ministerio, cuyos hombres más influyentes eran entonces Molé, Thiers y Guizot, y propuso leyes represivas contra los excesos de la prensa (9 sept.) Estas leyes, que se llamaron de septiembre, hacían de los delitos de imprenta atentados contra la seguridad pública, prohibían que la persona del rey se mezclara en discusión ninguna, y ponían en

manos del gobierno otras armas de represión bastante fuertes.

Sin embargo, los atentados contra Luis Felipe siguieron. Un agente de las sociedades secretas, Alibaud, tiró sobre él (25 junio 1836) y se atrevió á decir ante los pares: « Yo tenía respecto de Luis Felipe el mismo derecho que Bruto sobre César. El regicidio es el derecho del hombre que sólo puede obtener justicia por la propia mano. » Meunier renovó el mismo atentado el 27 de diciembre de aquel año en el momento de dirigirse el soberano hacia el palacio Borbón á leer el discurso de apertura del parlamento.

El 15 de octubre de 1840 ocurrió el atentado de Darmés. El 16 de abril de 1846, Lecomte disparó contra el rey en el bosque de Fontainebleau, más bien por venganza personal que por móviles políticos. El 29 de julio de aquel mismo año, cuando Luis Felipe se presentó en el balcón de las Tullerías para ver un concierto que se daba en el jardín, José Henri le hizo un disparo con una pistola. Este último regicidio obtuvo el beneficio de las circunstancias atenuantes, y fué condenado solamente á cadena perpetua.

§ II. — Desde el ministerio del 29 de Octubre hasta la caída de Luis Felipe (1840-1848).

Ministerio del 29 de octubre (1840). — El ministerio, presidido por Guizot, permaneció al frente del gobierno hasta la caída de Luis Felipe, identificándose con el pensamiento del rey, que deseaba dentro del reino la conservación del *statu quo* y en lo exterior la paz.

Para mantener la paz, procuró restablecer las buenas relaciones con Inglaterra, y con tal fin hizo concesiones que hirieron vivamente el amor propio nacional francés. La cámara, que no inspiraba confianza al poder, fué disuelta y se celebraron nuevas elecciones (1842).

Estas se efectuaron en junio; la lucha fué muy viva por ambas partes. El gobierno recurrió á todos los medios posibles de acción, y así se vió acusado de corromper á los electores, sin obtener por esto el resultado apetecido. En París, la oposición triunfó completamente, obteniendo diez de los doce diputados. No se sabía si el gobierno iba á sacar mayoría en los departamentos. La discusión sobre el carácter de las elecciones era muy viva, y general la creencia de que sería preciso modificar el gabinete, cuando vino un triste acontecimiento á poner término á todas las intrigas parlamentarias, colocando al país frente á una necesidad tan grave como imprevista.

Muerte del duque de Orleans. Ley de regencia (13 julio 1842). El duque de Orleans se disponía á marchar á Saint-Omer, para pasar revista á varios regimientos, yendo después á reunirse con su mujer en los baños de Plombières. Antes de partir, fué á Neuilly á despedirse de sus padres y de toda la familia real. Montó al efecto en un coche ligero; mas al llegar á la altura de la puerta Maillot, los caballos se desbocaron, y sea que el príncipe quisiera saltar del carruaje, sea que tratase de ponerse en pie, lo cierto es que fué lanzado violentamente contra el suelo, donde se abrió la cabeza.

Luis Felipe supo la terrible noticia cuando salía de Neuilly para París con objeto de presidir un consejo de ministros. Toda la familia real corrió junto al pobre herido, que luchaba en vano contra la muerte. El duque no reconoció á nadie, y á las dos se había perdido toda esperanza. En efecto, murió después de las cuatro, en medio de la desolación de su familia, habiéndole administrado los últimos auxilios de la religión el cura de Neuilly. Los funerales fueron magníficos y Francia entera tomó parte en el duelo de la casa real.

Este suceso daba terrible golpe á la dinastía, pues hacía heredero del trono á un niño de cuatro años. Los orleanistas temieron con razón que entre el anciano

no monarca y el joven príncipe se introdujera la república, interrumpiendo la sucesión al trono. Dictóse una convocatoria extraordinaria de las Cámaras, con objeto de discutir una ley de regencia. Como se sentía la necesidad de un poder fuerte para resistir á las conmociones sociales que se temían después que muriese Luis Felipe, se declaró que el rey sería mayor de edad á los diez y ocho años, y que mientras no llegase á cumplirlos, se confiaría la regencia al príncipe más inmediato al trono, según el orden de sucesión establecido por la carta. De este modo quedó designado regente el duque de Nemours, á pesar de un elocuente discurso de Lamartine en favor de la duquesa de Orleans, cuyos derechos debía sin embargo sacrificar más tarde aquel orador en aras de la democracia.

Desarrollo de la industria. — Los espíritus se calmaron después de esta catástrofe. Francia había entrado de nuevo en el concierto europeo, y los temores de guerra desaparecieron. La industria y el comercio aprovecharon esta tranquilidad. La Restauración había hecho mucho en favor de su desarrollo, dejando á Francia en situación muy próspera en lo tocante á dichos intereses. Thénard lo reconoció así en el discurso que pronunció ante el rey después de la exposición de 1834. « Si se consideran, decía, los progresos industriales en los últimos cuarenta años, se notará que, casi insensibles en la época de las guerras, han sido inmensos en la de la paz... En los últimos siete años sobre todo, ha dado la industria francesa pasos de gigante: nuestras fábricas se han multiplicado, perfeccionándose nuestras máquinas: nuestras relaciones han adquirido mucha extensión, y hasta han surgido nuevas artes. »

Lo que dió gran impulso á la fabricación fué el empleo de máquinas, que multiplicó en proporción inmensa las fuerzas motoras aplicadas á la industria. El vapor se convirtió en auxiliar de toda clase de producción y el número de máquinas creció prodigiosamente.

En 1839, fecha de la segunda exposición que se verificó durante el reinado de Luis Felipe, se contaban en Francia 2450 máquinas, que representaban 33.301 caballos de vapor. Ocho años más tarde, ese número era doble, representando una fuerza motora de 61.630 caballos.

Si se tiene en cuenta que esta fuerza equivale á la que producirían 1.300.000 obreros, se comprenden los servicios que la ciencia ha prestado á la humanidad, librando á tantos individuos de un trabajo penoso, que agotaba al mismo tiempo su vigor físico é intelectual. Como en muchos casos basta el trabajo de un niño para hacer funcionar las máquinas, no tardó en surgir, sin embargo, un abuso al lado del progreso: los fabricantes exigieron de aquellas pobres criaturas más trabajo del que podían soportar. Así fué que para impedir que una generación entera se agostase en los talleres, el Estado tuvo que intervenir y reglamentó por la ley de 22 de marzo de 1841, la edad á que era posible admitir en las fábricas los niños y el número de horas de trabajo que podía serles impuesto.

La industria del algodón, del cáñamo, del lino y de la lana vió aumentar su producción en grado considerable. La explotación de minas de hulla cuadruplicó en importancia; la fabricación del hierro se duplicó, y la del azúcar indígena pasó de 6 á 53 millones. Este extraordinario crecimiento no impidió que la importación del colonial aumentase también en 20 millones de kilogramos.

El comercio siguió naturalmente el impulso ascensional de la industria. Comparando el año 1830 con 1847, la estadística acusa movimiento de negocios dos veces más considerable. En el primero de dichos años, la importación subió á 638 millones y á 393 la exportación, mientras que en 1847 aquéllas se elevaron á 1.193 millones y éstas á 1.147. De 1830 á 1834 se produjo una crisis; pero así que el gobierno triunfó de los motines y que se restableció el orden, los negocios

volvieron á tomar vuelo, hasta 1847, año en que la escasez produjo la carestía del pan, y otra crisis comercial, signo precursor de la revolución de febrero.

De los caminos de hierro. — La industria y el comercio fueron favorecidos por la creación de los caminos de hierro. Ya Francia tenía algunos de éstos; el 2 de agosto de 1839 se había inaugurado con gran solemnidad el de París á Versalles. Presidió el acto el duque de Orleans: el trayecto se efectuó en 29 minutos; pero el tren no se componía más que de cuatro wagones de lujo. París entero se dirigió durante algún tiempo hacia dicha ciudad, para probar el nuevo modo de locomoción, y el nombre de Emilio Péreire, que había dirigido las obras y organizado la administración circulaba en todas las bocas, como si hubiese sido el del inventor de la nueva maravilla. Antes de esto se habían construido el camino de hierro de Saint-Etienne y el de París á Saint-Germain; pero no era suficiente. Francia necesitaba multiplicar los nuevos grandes medios de comunicación si no quería comprometer sus principales intereses. Inglaterra, Bélgica y Alemania trabajaban con actividad en aquel sentido y su vecino no podía quedar rezagado.

Así fué que en junio de 1842 se decretó un plan general de ferrocarriles franceses que comprendía la actual línea del Norte, la del Oeste, la del Este, la de París á Estrasburgo por Nancy, la de París al Mediterráneo, la prolongación de la línea de Orleans por Tours, Poitiers y Burdeos hasta la frontera de España, la del gran Central y los caminos de hierro del mediodía.

Estos trabajos fueron llevados con gran actividad. En 1843 se inauguró el camino de hierro de París á Rouen, en 1846 el de Orléans á Tours y el del Norte; en 1847 el de Amiens á Boulogne y el de Rouen al Havre; el de Orleans á Vierzon y Bourges y el de Creil á Compiègne; y en 1848 el de Marsella á Aviñón.

Al mismo tiempo se establecieron en el litoral nume-

rosos faros, multiplicándose también en lo interior las vías de transporte fluviales. Se terminó, en efecto, el canal del Marna al Rhin, el lateral del Garona y se rectificó la madre del Vilaine.

Discusión sobre la libertad de enseñanza. — La carta había prometido la libertad de enseñanza, y el clero esperaba el cumplimiento de esta promesa. Sus miembros señalaron los inconvenientes y peligros que presentaba el monopolio universitario. El abate Desgarets publicó en Lyon una obra sacando á plaza las doctrinas de los profesores de historia ó de filosofía más importantes de los liceos y colegios, y señalando la oposición que existía entre aquella enseñanza y la fe católica.

Las conciencias se alarmaron. El 1.º de mayo de 1842, el arzobispo de París, Monseñor Affre, se atrevió á decir al rey, con motivo de ser sus días: « Señor, el momento de dar á Francia una ley sobre la libertad de enseñanza y de responder á las esperanzas del clero ha llegado. » Montalembert defendió con gran elocuencia en la cámara de los pares los derechos de la Iglesia. El obispo de Langres se apoyó en la carta para reclamar, en nombre del derecho común, la libertad de enseñanza primero y la libertad de la Iglesia luego. ¡No era posible resistir á la lógica inflexible con que fué presentada esta argumentación. El obispo de Chartres, el abate Dupanloup, más tarde obispo de Orleans, Luis Veuillot, redactor en jefe del *Universo* y el abate Combalot, impresionaron vivamente la opinión pública con la elocuencia de sus escritos. El ministerio ensayó diferentes métodos. Villemain y Salvandy pusieron sucesivamente manos á la obra; pero fracasaron en la tarea de intentar una transacción entre la libertad y el poder.

Progreso de las doctrinas religiosas. — La revolución de 1830 se había mostrado muy hostil al sacerdocio y á la religión. En varias localidades fueron derribadas las cruces y profanados los objetos del culto. En ciertos puntos fué necesario prohibir las procesiones. Durante los primeros años del gobierno de

julio, no podían los clérigos presentarse en las calles de París en traje eclesiástico. El gobierno rechazó en nombre del orden y de la libertad esas manifestaciones revolucionarias, y procuró más bien apoyarse en el clero que tenerlo por enemigo. Al efecto aumentó el número de parroquias y de sucursales y se ocupó en la reconstitución de las iglesias y catedrales, multiplicando sus donativos en la medida de sus recursos, á fin de dar al culto exterior mayor brillo y magnificencia.

Sin embargo, en vez de respetar la independencia de la Iglesia y dejarle entera libertad de acción, según lo prometía la carta, el poder trataba de inmiscuirse lo más que podía en los asuntos religiosos limitando la autoridad de los obispos. El obispo de Langres señaló en un escrito las invasiones del poder temporal sobre el espiritual, y en otro puso de manifiesto la tendencia que los gobiernos racionalistas mostraban á absorber la Iglesia en el Estado.

Sin embargo, las instituciones religiosas progresaron extraordinariamente, sobre todo á partir de 1833. La caridad cristiana se manifestó en todas las clases sociales favorable á los necesitados y entonces se fundaron ó tomaron mayor desarrollo la *Sociedad de caridad maternal*, la de las *Madres de familia*, que sustentaba á los huérfanos del cólera; la de *San Vicente de Paúl*, que contaba en París cerca de tres mil miembros, y que se había propagado á la mayor parte de las ciudades de provincia; la *Obra de la propaganda de la fe*, cuyos recursos, destinados á las misiones, aumentaban cada año. La *Archicofradía*, fundada por el abate Desgenettes en nuestra Señora de las victorias, se difundió con gran rapidez, reveladora de que aun subsistían en el pueblo los sentimientos piadosos.

Los periódicos *El Universo* y el *Amigo de la Religión* luchaban con energía en favor de la libertad de la Iglesia; el *Correspondant* y otras revistas sostenían las mismas doctrinas. El *Círculo católico* de París y el *Ins-*

tituto católico de Lyon, dirigidos por los hombres más eminentes, pusieron sus luces y su abnegación al servicio de la misma causa. Los escritos se multiplicaron y en el seno de la lucha se desarrolló grande actividad intelectual. En los seminarios renació el gusto por los estudios sólidos y serios. El abate Migne fundó su imprenta en el Petit Montrouge, donde tuvieron ocupación más de cuatrocientos cajistas, dedicados á reimprimir los Padres de la Iglesia, los más ilustres teólogos, los oradores sagrados y en la publicación de una verdadera enciclopedia católica.

El gobierno se mostró inquieto ante este movimiento, y creyéndose atacado, pensó que tenía enfrente un bando hostil, que recibió el nombre de *partido católico*. Declaróse, en consecuencia, por la universidad contra el clero, ó, según las expresiones usadas entonces, por el partido laico contra el religioso, y la reacción fué violenta. Dos profesores del Colegio de Francia, Michelet y Edgardo Quinet, atacaron á los jesuitas. Renováronse contra ellos las antiguas animosidades de los liberales durante la Restauración, y Thiers, que tantas veces contribuyera á desacreditarlos en el *Constitucional*, los atacó en la tribuna. Berryer salió á defenderlos en nombre de la libertad; pero el gobierno obtuvo del Soberano Pontífice la división del establecimiento de París.

El P. Lacordaire, que por entonces inauguraba en Francia la restauración del orden de Santo Domingo, tuvo dificultad en obtener que se tolerase su hábito en el púlpito. En general, existían los mismos recelos contra todas las órdenes religiosas, y el clero se consideraba por su parte herido por las medidas de desconfianza que tomaba el gobierno, para tender á debilitar el movimiento católico.

Sorda propaganda de las ideas socialistas.

— Durante este tiempo, Fourier y sus adeptos propagaban las doctrinas socialistas. Este escritor, que nació en 1778 en Besançon, publicó en Lyon en 1808 con

carácter anónimo la *Teoría de los cuatro movimientos y de los destinos generales*, especie de prospecto de su sistema. Pretendía que todas las pasiones son buenas, que no se debe reprimirlas y contenerlas como en la educación actual, sino que precisa sólo dirigirlas y darles satisfacción legítima. Deseaba reemplazar la ley del deber por la de la atracción pasional, hacer agradable el trabajo, asociar los trabajadores por grupos y sexos, componer con ellos falanges, y reunir luego cada falange en una misma habitación llamada falansterio. Asociaba juntos el capital, el trabajo y el talento, y daba á cada individuo retribución proporcional al grado en que poseía dichos tres elementos.

Sus ideas empezaron á llamar la atención allá por 1830. Sus discípulos crearon en 1832 una publicación periódica, el *Falansterio*, cuya dirección estaba á cargo de Fourier. Esta publicación interrumpida en 1834, reapareció en 1836 con este nombre: *La Falange, diario de la ciencia social*. Fourier murió en 1837. Uno de sus principales discípulos, Considerant, sostenía sus doctrinas en la *Democracia pacífica* cuando estalló la revolución de febrero.

Esteban Cabet publicó en 1840 su *Viaje á Icaria*, Blanc su libro *De la organización del trabajo* y Proudhon su *Primera memoria sobre la propiedad*. El primero presentó las *Doctrinas comunistas* bajo la forma atractiva de la novela, á ejemplo de Tomás Moro y de la mayor parte de los antiguos utopistas. El segundo quería que el gobierno fuera el regularizador de la producción, que formase talleres nacionales, que repartiese el trabajo y que determinara los salarios. Proudhon atacaba al mismo tiempo la propiedad y la comunidad, el orden actual y los sistemas de los reformadores anteriores á él. « La propiedad es el robo, decía » proponiendo que se la reemplazase por la simple posesión, que llevaba envuelta en sí la prohibición del arriendo, del inquilinato, del préstamo á interés, que, según dicho escritor, eran los grandes

vicios de la sociedad actual. Rechazaba la comunidad porque consagra el despotismo; y hasta protestaba contra todo poder, contra toda soberanía, reclamando la *anarquía*, esto es, la negación de toda autoridad, como el único régimen susceptible de poner á cubierto la libertad personal, que era á sus ojos el más precioso de todos los bienes.

Estos innovadores negaban al sostenerlas que quisieran hacerlas triunfar por fuerza. Deseaban apoderarse de los espíritus por persuasión; pero la crítica que hacían de la sociedad actual constituía á pesar de todo un fermento de discordia, que debía dar sus puntos al llegar la primera ocasión. Diciendo al obrero que estaba oprimido; presentando la propiedad como una injusticia y declarando contra la riqueza, se excitaba al pobre que sufre contra el que posee y goza. De este modo, la sociedad llevaba en su seno una especie de volcán que, después de haberse agitado de manera sorda, debía acabar un día por abrirse una salida al exterior, y lanzar por su ardiente cráter torrentes de fuego, capaces de amedrentar á cuantos tienen algo que perder.

Ley electoral. Banquetes reformistas. —

Bajo el gobierno de julio, era indispensable pagar 200 francos de impuestos para ser elector. Hacía ya mucho tiempo que se solicitaba una reforma parlamentaria y otra electoral. En la legislatura de 1847, M. Duvergier de Hauranne pidió á la Cámara que redujese á cien francos el censo electoral, lo que aumentaba el número de electores en ciento veinticinco mil. En el escrutinio tomaron parte 400 diputados, y la proposición fué rechazada por 98 votos de mayoría (26 marzo).

El día mismo de este voto depositó M. Remusat en la cámara su antigua proposición, que tenía por objeto excluir de la diputación á los funcionarios públicos. Leída el 8 de abril, fué rechazada por 49 votos de mayoría.

La oposición no se consideró vencida. La prensa agitó los espíritus y se celebró un primer banquete reformista en Chateau-Rouge (Montmartre), siguiendo otros en París, Colmar, Reims, Estrasburgo y otras varias ciudades. Lo que mayor sensación causó fué el discurso de Lamartine en el banquete de Macón; el orador anunciaba la próxima caída del gobierno de julio, que sería barrido, dijo, por la revolución del desprecio.

Duvergier de Hauranne y Odilón Barrot, los dos grandes agitadores de aquel momento, no querían seguramente dar en tierra con el orden de cosas establecido; pero detrás de ellos estaban Ledru-Rollin, Flocón, y los redactores de la *Reforma* y del *Nacional* que, con la esperanza de ver otra vez la república, excitaban las masas á generales trastornos. Los recientes escritos de Lamartine, Luis Blanc y Michelet, que habían reavivado las ideas republicanas escribiendo la historia de la gran revolución, les ayudaron en la empresa.

Al abrirse las cámaras, el discurso del trono acusó á los autores de aquellas manifestaciones de estar dominados por « ciegas y hostiles pasiones » tales frases fueron causa de violentas tempestades; pero el ministerio contaba con una mayoría perfectamente disciplinada, que votó el mensaje (12 de febrero) á pesar de los ataques de la oposición.

Varios periodistas y diputados quisieron entonces organizar un banquete en el 12.º distrito de París, á fin de hacer constar el derecho de reunión: el prefecto de policía se opuso á ello. Insistióse y se acordó celebrarlo el 22 de febrero. Dos diputados ministeriales, Vitet y de Morny intervinieron, y entonces se determinó que el banquete no sería más que un simulacro, que los organizadores se reunirían, que un comisario de policía levantaría acta del caso, y que la cuestión sería llevada á los tribunales para ventilarla en ellos.

Sin embargo, el gobierno creyó ver una amenaza en una nota emanada de la comisión del banquete, y este fué prohibido en absoluto. Con esto se excitaron los ánimos, la oposición dinástica se retrajo, ante el peligro que entonces presentaba toda manifestación, y la oposición radical apareció ardentísima.

Jornadas de los días 22 y 23 de febrero. — Abdicación de Luis Felipe. — Odilón Barrot presentó en la sesión del 22 de febrero un acta de acusación contra el ministerio. La cámara estaba deliberando sobre el privilegio del banco de Burdeos, y aunque lo que en la capital ocurría preocupaba los espíritus, nadie profirió la menor alusión al estado de los ánimos. De tiempo en tiempo salían algunos diputados á ver, desde el peristilo del palacio legislativo, lo que ocurría en la plaza de la Concordia, pues se presentían graves acontecimientos. El día había sido lluvioso; por la noche empezaron á surgir barricadas en los alrededores de la Calle Real, y en los barrios de San Dionisio (Saint-Denis) y San Martín se formaron grupos tumultuosos, que gritaban ¡*Abajo Guizot!* ¡*Viva la reforma!*

Al día siguiente, París tomó el aspecto de una ciudad sitiada: la caballería interceptaba las calles; en la plaza de la Concordia y en el Carrousel estaban acantonadas las tropas, de modo que las Tullerías quedaban en medio de dos campamentos. Al saber el rey que la guardia nacional gritaba también: ¡*Abajo Guizot!* ¡*Viva la reforma!* resolvió cambiar de ministerio. Encargó en efecto á Molé de formar un nuevo gabinete, y esta noticia tranquilizó á los diputados y calmó por un instante los ánimos.

Por la noche, la multitud recorrió los *boulevards* y hubo iluminaciones generales en prueba de regocijo por haber escapado á los peligros de la guerra civil. En el momento en que varias bandas pasaban cantando y lanzando vivas frenéticos, vino un desdichado incidente á sobrecitar de pronto las pasiones que parecían

ya adormecidas. Al tratar un batallón de infantería de disolver una de esas bandas, en el boulevard de Capuchinas, resonó un tiro de pistola y mató á un soldado. Creyéndose atacada la tropa hizo fuego quedando en el suelo cincuenta y dos personas muertas ó heridas. En seguida resonó por todas partes la palabra traición. Y la multitud, después de colocar en un carro los muertos, se puso en marcha al resplandor de las antorchas, en dirección de la Bastilla, gritando : « ¡Vengamos á nuestros hermanos! » La revolución empezaba.

Sin embargo, persuadido Luis Felipe de que el partido político representado por Molé era demasiado débil para sostener el choque, había hecho llamar á Thiers. Este último lo excitó á dar un paso más, permitiéndole tomar como colaborador á Odilón Barrot. El mariscal Bugeaud, encargado del mando general de los tropas que había en París, pasó la noche preparando el plan de la batalla, y, aunque sabía que el combate sería terrible, se consideraba seguro de vencer la sublevación.

Pero el 24, los nuevos ministros, temerosos de que hubiese lucha, y persuadidos por otra parte de que su advenimiento bastaba á calmar los espíritus, obtuvieron del rey que el mando fuese confiado al mariscal Gérard. Luis Felipe consintió en ello, y esto fué causa de su pérdida antes de que terminase el día.

Las tropas, que recibieron órdenes de batir en retirada se vieron así desarmadas. No tardó en empezar el fuego de fusilería por la parte del Palais-Royal, y el peligro tomó grandes proporciones. Luis Felipe se vió obligado á abdicar, y escribió estas melancólicas palabras : « Abdico esta corona que el voto nacional me había llamado á ceñir, en favor de mi nieto el conde de París. ¡Quiera el cielo que éste pueda salir adelante en la ardua tarea que hoy le incumbe. » Inmediatamente salió de las Tullerías con la reina Amelia, la duquesa de Nemours y el duque de Montpensier. Después de corta estancia en las residencias de Saint-Cloud

y de Trianón, salió para Dreux, á donde llegó en la tarde de aquel mismo día, pasando luego á Inglaterra, para instalarse, con el título de conde de Neuilly, en Claremont. hasta su muerte, ocurrida en 26 de agosto de 1850.

CAPÍTULO II.

ESTADO DE LAS LETRAS, DE LAS ARTES Y DE LAS CIENCIAS DESDE 1815. — ROMÁNTICOS Y CLÁSICOS. — INFLUENCIA DE LAS LITERATURAS EXTRANJERAS. — NUEVAS APLICACIONES DE LA CIENCIA Á LA INDUSTRIA.

La Restauración había sido para las inteligencias el despertar de la libertad. La censura había sido abolida, y si bien los excesos del periodismo obligaron á los poderes públicos á restablecerla en ocasiones, y dentro de ciertos límites, no cabe desconocer que los escritores no tenían cortapisa ninguna para la publicación de sus obras. Entonces surgieron nuevas escuelas. La lucha de los clásicos y de los románticos renovó en cierto modo la poesía y las artes. Por su parte las ciencias, multiplicando sus aplicaciones á la industria, dieron como resultado descubrimientos que causaron una verdadera transformación social.

§ I. — *De las letras. — Románticos y clásicos. — Influencia de las literaturas extranjeras.*

De la acción del gobierno sobre las letras.

— Luis XVIII, que era literato distinguido, sentía gran placer en proteger las letras, las ciencias y las artes. Así que se vió en el trono de sus mayores, su primera atención fué reorganizar la Academia. De esta misión fué encargado Vaublanc, que dividió el Instituto en cuatro clases : la *Academia francesa*, la de *inscripciones y Bellas Letras*, la de *Ciencias*, y la de *Bellas Artes*. La *Academia de ciencias morales y políticas*, que había sido suprimida en 1803, no fué restablecida hasta 1832.

La Academia francesa, que por de pronto tuvo más bien carácter político que literario, fué impulsada por